



UN ARBOL ANTIGUO Y SIEMPRE NUEVO:

*Compasión y Pasión por la Verdad en el carisma de
santo Domingo y su Familia¹*



Frankfurt/Main – Altar mayor de la antigua iglesia dominicana

I. El árbol genealógico dominicano: una antigua imagen, que permanece actual

En el antiguo Convento de Santo Domingo de Frankfurt en Alemania, -un convento que la Orden perdió después de la reforma protestante, y hoy es la sede central de la iglesia evangélica de esa ciudad, pero que conserva aún múltiples motivos dominicanos- hay un hermoso retablo de fines del s. XV de Hans Holbein padre, que representa dos árboles genealógicos. En el ala izquierda, se ve la genealogía de Jesús, que a través del linaje de David, brota del tronco de Jesé, su padre, de acuerdo con la antigua profecía de Isaías: “Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, de su raíz florecerá un vástago” (Is 11,1). En el ala derecha, está representado el árbol genealógico dominicano: allí se ve cómo del corazón de santo Domingo brotan diversas ramas, con sus frutos y flores que son los grandes santos y santas de la Orden.

Esto nos muestra que la imagen del árbol que hemos escogido en este Encuentro como eje de nuestra reflexión sobre la Familia Dominicana, no es simplemente una ocurrencia nuestra o un esquema reciente, sino una bella y expresiva imagen, utilizada ya desde temprano por los hijos e hijas de Santo Domingo. El gran historiador dominico austríaco Angelus Walz (1893-1978), explica que este motivo comenzó a difundirse a fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI, sobre todo en el ámbito del sur de Alemania, de Austria y Suiza. El sentido de esta imagen era expresar la vinculación permanente y viva de los miembros de la Orden con Santo Domingo y entre sí, y la fecundidad que a lo largo de la historia brota siempre a través de su raíz, que es Nuestro Padres.

Ayer por la mañana Fr. Pablo José Condrac desarrolló su exposición a partir de la visión de la Familia Dominicana como un bello y gran árbol en medio del jardín de la Iglesia, que ha dado y continúa dando frutos multiformes, es decir diversos y complementarios a lo largo de la historia. Hoy querría continuar esa meditación, considerando otra dimensión, complementaria de la primera. Si ayer nos admirábamos de la variedad de esa floración de la familia de Santo Domingo a través de los siglos y de las culturas, hoy queremos contemplar cómo la riqueza de esa variedad es tal porque hay rasgos esenciales que nos unen, nos hacen una familia y nos recuerdan que desde nuestras historias y modos específicos de vivir el

¹ Versión ligeramente ampliada de la presentación realizada en el Encuentro Nacional de Familia Dominicana el 12 de octubre de 2008 en San Antonio de Arredondo (Córdoba).



carisma dominicano, brotamos de una misma raíz, estamos insertos como ramas vivientes en un mismo árbol, que es antiguo y al mismo tiempo nuevo, como el Evangelio.

A la luz del lema propuesto para el Encuentro de Familia Dominicana de este año: “800 años de oración y compasión de Santo Domingo”, estamos llamados, por tanto, a contemplar y redescubrir una y otra vez, con acción de gracias, esta tradición de familia y común pertenencia que nos une en Santo Domingo y su carisma, y a cultivarla y realizarla con creciente fidelidad y plenitud. Queremos por tanto mirar, en primer lugar, a Santo Domingo, contemplando algunos rasgos de su corazón encendido en compasión por los más necesitados de la gracia y por la pasión de la predicación de la verdad de salvación; en segundo lugar, dirigiremos nuestra mirada a la realidad de la Familia Dominicana, que brotando del corazón de Domingo y permaneciendo enraizada en él, se nos manifiesta como ese “árbol antiguo y siempre nuevo” en medio de la Iglesia, y finalmente, mirando al presente y al futuro de nuestra común misión, queremos tomar conciencia una vez más de las exigencias y tareas que nos quedan por delante.

II. Mirar a Santo Domingo

Recordábamos que la raíz del árbol de la Familia Dominicana es Nuestro Padre Santo Domingo. Su carisma es como la savia que recorre, nutre y vitaliza a todas sus ramas. Otro gran historiador dominicano y editor de textos primitivos de la Orden, el padre de origen checo Vladimir Koudelka (1919-2003), caracteriza a Santo Domingo como un “hombre de síntesis”.² En realidad, se refiere a varias síntesis, que estarían como en la base del carisma dominicano y de sus diversos modos de realización, mencionando entre ellas: la síntesis entre contemplación y acción, entre los elementos de tradición y novedad, -por ejemplo en la elección de la regla de San Agustín por una lado y la revisión permanente de constituciones por otro-, entre universalidad y concreción local o particularidad, entre el servicio de la autoridad y la participación de las diversas instancias, etc. En este marco, querría destacar hoy sólo dos rasgos de la persona de Santo Domingo, que tienen una especial relevancia para iluminar la comprensión de la vida y la misión de la Familia Dominicana en la esencial complementariedad de sus diversas ramas y miembros.

En primer lugar, un rasgo que subrayan todos sus biógrafos, es la capacidad de compasión de Santo Domingo para con todos los hombres, y especialmente para con los más necesitados en las diversas circunstancias de la existencia: sobre todo los pobres, que padecen hambre y miseria, como era habitual en la edad media, y aquellos que más necesitan de la gracia de Dios: “los pecadores” (quizás también quienes, como en su tiempo, se habían apartado de la unión con la Iglesia y del camino de la verdad), que ocupan un lugar central en el clamor de la oración de intercesión de Domingo. En la clave de lectura de las “síntesis” de que hablaba el padre V. Koudelka, podríamos decir que en Santo Domingo se percibe una vinculación inseparable entre la *pasión* por la Verdad y su entrega a la predicación para la salvación de los hombres y su ardiente *compasión* por todos, y especialmente por los más necesitados de la gracia, de tal modo que se da en él una constante interacción o circularidad entre una y otra dimensión: la compasión por los hombres sus hermanos, lo impulsa a la pasión por la verdad y la predicación, y la pasión por la verdad salvadora del Evangelio, lo impulsa como a San Pablo –“ay de mi si no evangelizara” (cf. 1 Cor. 9,16)³- a entregarse

² V. Koudelka, *Dominikus*, Walter Verlag, Olten (Suiza), 2ª ed.1983, 62ss.

³ La expresión paulina, formulada en plural (“¡Ay! De nosotros si no evangelizamos”), constituye el tema general del Jubileo dominicano (2009-2016) con motivo del octavo centenario de la confirmación de la Orden.



íntegramente y en todas las circunstancias –de camino, en las múltiples formas de su apostolado, en la conversación por la noche con aquel posadero cátaru, etc.-, al diálogo y la predicación de la verdad del Evangelio de Cristo, asumiendo -como dice Santa Catalina- el “oficio del Verbo” desde la compasión de su corazón, hecho semejante al corazón compasivo de Jesús.

Fr. Jacinto María Cormier, Maestro de la Orden y propulsor de la Familia Dominicana, beatificado por el Papa Juan Pablo II en 1994, gustaba hablar de la “*caritas veritatis*” de Santo Domingo y su Orden, es decir de aquella obra de misericordia por excelencia que consiste en transmitir y compartir la verdad salvadora del amor de Dios con los hombres, y que para darse en plenitud ha de brotar, como en Santo Domingo, -y en definitiva como en Jesús, el Verbo hecho carne-, de la mirada de misericordia y compasión por aquellos que se encuentran como “ovejas sin pastor” en todos los tiempos y culturas. El Capítulo General de Providence (2001) nos ha dejado en esta perspectiva un hermoso texto, con el título “*Misericordia veritatis*”, sobre el sentido del estudio en nuestra vida dominicana, orientado a la predicación de la verdad de salvación del Evangelio, como un acto de misericordia, tal como brotaba del corazón de Domingo.

Allí se nos recuerda, por ejemplo, que fue “gracias al espíritu innovador de Santo Domingo, que el estudio ordenado a la salvación de las almas fue incorporado íntimamente al propósito y a la vida regular de la Orden”, y que por ello “nuestro estudio debe dirigirse principal, ardiente y diligentemente a esto: que podamos ser útiles a las almas de nuestros prójimos”.⁴ Así entendido, este estudio sapiencial -dice el Capítulo General- “se despliega ... necesariamente como compasión intelectual: una forma de compasión que presupone la comprensión (*intellectus*) obtenida o desarrollada por el estudio; y una forma de comprensión que lleva a la compasión”, y así, “aunque la misericordia y compasión de Dios llegan al mundo en una multitud de modos, por el carisma dominicano llegan a través del estudio y del consuelo de la verdad”.⁵ En sintonía con la compasión en que ardía el corazón de Santo Domingo, la búsqueda y profundización de la verdad en miras a la predicación, nos hacen sentir “la trepidación de nuestros tiempos, especialmente acerca de nuestra capacidad para la verdad”, y ver “como nuestra la múltiple humillación de la vida humana, llevando al mismo tiempo al mundo la confianza del Evangelio junto con su concomitante exigencia de justicia y paz”. De este modo, estando “marcado tanto por un hábito de humildad como de confianza en la misión ‘paraclética’ de la Iglesia, defendiendo la dignidad proclamada en la creación y la redención, y ayudando a hacer en nuestro tiempo creíble la fe”, el estudio dominicano “puede y debe servir a la *misericordia veritatis*.”⁶

Este rasgo de la compasión de Santo Domingo, unida a su pasión por la predicación de la verdad de salvación a todos los hombres y pueblos, cultivando su capacidad de verdad, - que es como decir la capacidad de “florecer” que tiene la naturaleza humana en su encuentro con la gracia-, ha sellado asimismo, -a través de sus dones y carismas específicos propios-, a todos los grandes santos y santas de la Familia Dominicana. Pensemos por ejemplo, -para mencionar sólo a algunos de irradiación universal, y de los más cercanos a nosotros-, en San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Santa Catalina de Siena, Santa Rosa de Lima, San

⁴ Cf. ACG Providence 2001, 104; cf. LCO 77, I.

⁵ Cf. ACG Providence 2001, 106, que se apoya para ello y cita al respecto la expresión de Santo Tomás de Aquino sobre la vocación dominicana (“*contemplari et contemplata aliis tradere*”) como inscripta “en una sabiduría estudiosa y comprometida” (cf. *STh* II-II, 188,6; *STh* I 1,4; II-II, 45,3); así como *STh* II-II 188,6: “Puesto que así como es mejor iluminar que sólo brillar, también es mejor dar a otros los frutos de la propia contemplación que solamente contemplar”.

⁶ Cf. ACG Providence 2001, 112.



Martín de Porres, nuestros hermanos de los comienzos de la evangelización en América, como Pedro de Córdoba, Vicente Bernedo, etc., y en la modernidad, pensemos en hijos e hijas de Santo Domingo como el P. Francisco Coll, Fr. Ángel María Boisdron, Fr. Reginaldo Toro, Fr. Agustín Ferreiro, nuestras hermanas Gerine Favre, Elmina Paz de Gallo, María Rosaura Puebla, etc. Habiéndose dado esta vinculación espiritual de cada una de las ramas y entidades de la Familia Dominicana con la persona de Santo Domingo y entre sí desde un principio, ella se ha ido explicitando y desarrollando en las últimas décadas, de modo que a través de una más profunda conciencia de la pertenencia común a la “Familia dominicana”, podemos hoy contemplarnos y comprendernos más claramente como ramas vivas que brotan del corazón de Santo Domingo, participando de su espíritu y de su misión, y llamadas por tanto a complementarse y enriquecerse recíprocamente en el ejercicio de la común vocación a la “evangelización integral de la Palabra de Dios”.⁷

El segundo rasgo de Santo Domingo que queremos contemplar es quizás menos evidente a primera vista, y ha sido menos profundizado, pero pienso que es también importante, y es oportuno para nosotros contemplarlo en este marco. En su bello libro sobre Santo Domingo *La fuerza de la palabra*,⁸ el P. Guy Bedouelle nos habla de una peculiar tensión o síntesis entre la intensa irradiación de su persona y lo que llama la “discreción” de Domingo. En su notable equilibrio de ánimo, inseparablemente unido a la radicalidad evangélica en el seguimiento de Cristo; en su unidad de delicadeza, dulzura y heroísmo propia de un “varón evangélico” (*vir evangelicus*), Domingo tenía la capacidad, cuando era oportuno, de “auto-eclipsarse” en cierto modo, es decir, de ubicarse por momentos como en segundo plano o como “segundo hombre”, aunque aún así siguiera siendo, seguramente, desde su oración y su testimonio, el verdadero animador de la obra de predicación de la que participaba. Guy Bedouelle menciona algunos casos ejemplares de esto a lo largo de su vida, como su tiempo de “subprior” en el capítulo catedralicio de Osma, su relación con el obispo Diego, con los legados pontificios, con el obispo Fulco, y aún más adelante con sus propios hermanos.

De este modo, contemplamos en la persona de Santo Domingo un don importante y precioso, que también nosotros estamos llamados a hacer propio, si hemos de ser capaces de vivir como miembros de un cuerpo, de constituir una verdadera comunidad y de trabajar fructuosamente en común o “en equipo”. La seguridad del Amor de Dios y la confianza en la obra de la gracia en sus hermanos llevaba a Domingo a valorar los dones de los demás y, por decir así, a hacer espacio, para que pudiendo desplegarlos, se generase lo que hoy llamaríamos una buena “sinergia” o unión y colaboración de capacidades y dones, expresión de fecundidad de nuestra comunión con Dios y en Dios. Pienso que se trata de un don muy valioso, tanto *ad intra* de toda comunidad, local o provincial, como también y de modo particular en el marco de nuestra complementariedad, colaboración y recíproco enriquecimiento en la Familia de Santo Domingo.

III. La Familia Dominicana al cabo de “800 años de oración y compasión de Nuestro Padre Santo Domingo”

Como sabemos, desde el Adviento de 2005 la Familia dominicana se está preparando en todo el mundo para celebrar el 800 aniversario de la confirmación de la Orden de Predicadores en el año 2016, y hemos comenzado la celebración de dicho jubileo con el

⁷ Cf. Constitución Fundamental § III, cf. Honorio III, Carta a todos los preladados de la Iglesia, del 4.II.1221.

⁸ G. Bedouelle, *La fuerza de la palabra. Domingo de Guzmán*, San Esteban, Salamanca 1987.



ORDEN DE PREDICADORES
PROVINCIA ARGENTINA DE SAN AGUSTÍN
PRIOR PROVINCIAL

aniversario de la fundación del monasterio de Prulla por Santo Domingo en 1206. Ochocientos años es un largo tiempo si se lo contempla desde la vida de un ser humano, e incluso en el marco del conjunto de la historia humana; tanto más si se lo hace desde la perspectiva de una nación joven como la nuestra, que recién se acerca a su segundo centenario de vida independiente. En un mundo y una cultura donde los productos de todo tipo son incesantemente reemplazados por otros a cabo de unos pocos años o meses, quizás alguien podría preguntarse, si una institución y una forma de vida, -o de “organización” y de trabajo, podría decir un observador neutral, viéndola desde fuera-, que data de ocho siglos atrás, podrá estar todavía en condiciones de responder a los desafíos de nuestro tiempo o si no será quizás algo antiguo y superado. En una palabra: ¿es nuestra vida y nuestra vocación algo así como una pieza de museo en la historia y de la cultura, o es algo todavía, y siempre, actual?

Una reflexión teológica sobre la categoría de lo verdaderamente “nuevo” -una tarea importante e incluso necesaria, que está presente al menos germinalmente en los grandes teólogos, como por ejemplo en Santo Tomás de Aquino- exigiría una serie de observaciones que no podemos hacer aquí. Baste mencionar en el marco de esta reflexión, dos niveles diversos: en primer lugar, un sentido teológico y teologal fundamental, referido a la novedad escatológica, definitiva e históricamente insuperable de Jesucristo y su Evangelio de la gracia o de la ley nueva; y en segundo lugar, la novedad que en el conjunto de la vida de la Iglesia y de la cultura ha aportado el carisma de Santo Domingo, como un modo de vivir y anunciar el Evangelio y de entablar un diálogo entre la fe y la razón, orientado a una fecunda síntesis entre ambas.

En cuanto al primer nivel, habría que comenzar por observar que lo que a menudo (a primera vista y un poco superficialmente) nos parece “nuevo”, -porque nos es presentado como tal por los medios, el mercado, o a través de algunos usos sociales cambiantes-, es en realidad, lo “antiguo” por antonomasia. Cuando la capacidad de entrega de la persona en sus diversas vinculaciones (de amistad, familiares y sociales) es imposibilitada o seriamente dificultada por modelos o actitudes que postulan un egoísmo que sólo mira al propio poder o placer y rehuye todo compromiso que implique una vinculación permanente, no nos encontramos ante algo “nuevo” sino ante lo propiamente “viejo” en un sentido negativo de la expresión, en cuanto que refleja no haber percibido ni incorporado nada de la “novedad” definitiva que ha traído al mundo la venida de Jesucristo. Vale la pena recordar, que existe también un sentido positivo de lo viejo o antiguo, tal como se manifiesta en el valor de lo clásico, que expresa formas de verdad y de belleza que trascienden el tiempo y las modas pasajeras, y esto se da también en una cierta forma de envejecer del ser humano, que por ser capaz de mantener el espíritu de entrega y los vínculos que brotan de ella, conserva un corazón joven y gozoso, y vive protegido y como por encima de toda tristeza o amargura por la supuesta falta sentido o de fruto de esa etapa de su vida.

Pero volviendo al fenómeno cultural de la proliferación de lo “viejo” como aquello que no ha acogido o ha olvidado la novedad de Jesucristo y su Evangelio, podemos decir que, aún cuando representa un desafío importante y aún decisivo, esto no debería ser para nosotros un motivo de desánimo, sino más bien el punto de partida desde el cual comienza nuestro diálogo de la fe con la cultura de nuestro tiempo. A veces algunos, con una mirada algo pesimista o añorante de supuestas épocas pasadas ideales, tienden a ver el desarrollo de la historia como un proceso de progresivo “empeoramiento” del mundo y de la cultura y como una pérdida irreparable de terreno y de irradiación del Evangelio en ella. Pienso que esto es un error, del mismo modo que lo es el extremo vicioso opuesto, de una mirada superficialmente “optimista” que postula un progreso de la historia humana hacia condiciones necesariamente mejores y más humanas. Lo uno y lo otro son miradas insuficientes y cortas de vista, porque



la historia es el encuentro de la libertad divina, creadora y recreadora de Dios con la libertad creada, finita, de la creatura humana, y por tanto de su capacidad de corresponder a la gracia o de cerrarse a ella.

Lo verdadera y decisivamente “nuevo” en la historia es por tanto la novedad de Jesucristo, de la gracia que hace del ser humano, unido e incorporado a El, una “nueva creatura”, renovado interiormente y constituido en hijo de Dios por la gracia, en la que se anticipa el designio de Dios sobre todo lo creado, cuando El lo sea “todo en todos” (cfr. 1 Cor 15,28). Santo Tomás de Aquino dice bellamente en su comentario a la segunda carta a los corintios, que cuando la creación salió de las manos de Dios, ella era “nueva”, pero más tarde, por el pecado del hombre, envejeció, se hizo vetusta, y por eso Dios quiso renovarla a través de la Encarnación y la Pascua.⁹ Esa novedad insuperable de Jesucristo, el Logos en quien todo fue creado y recapitulado, quien al venir al mundo “trajo consigo toda novedad”, como dice San Ireneo, es la novedad que la Iglesia está llamada a mediar a través de su sacramentalidad en el mundo y en la cultura, como testimonio a la vez de la presencia de la gracia en la historia y de la venida futura de su Reino sobre todo lo creado.

Con esto nos acercamos al segundo nivel de “novedad”, inserto y edificado en la novedad de Jesucristo, que es el contenido en misión de Santo Domingo y su Familia. Hace algunas semanas el Papa Benedicto XVI expresaba en el *Collège des Bernardins* de París, -un antiguo claustro, donde los monjes iban a estudiar a la ciudad, hoy convertido en sala de conferencias-, en su discurso a los representantes de la cultura, el papel que desempeñaron aquellos jóvenes monjes en la síntesis cultural medieval: su contribución invaluable y decisiva en el campo de la cultura de la palabra, de la música y del trabajo, al tiempo que, en realidad, no buscaban sino a Dios y ser signo de primacía de su Reino. De modo análogo nuestro hermano, Fr. Marie-Dominique Chenu, destacaba la novedad que supuso la Orden de Predicadores en el nuevo contexto del paso a la alta Edad media, con el surgimiento de las ciudades, las universidades, las nuevas formas de participación social, y -desde el punto de vista de la ciencia-, la etapa decisiva de la recepción de Aristóteles en Occidente.¹⁰

En ese contexto vivió Santo Domingo y nació nuestra Orden o nuestra Familia, y en él, tras las huellas de Domingo, algunos de nuestros hermanos -pensemos especialmente en Alberto Magno y en el mismo Tomás- habían de desempeñar un papel decisivo en la tarea de síntesis entre fe y razón, que se planteaba como un desafío en ese momento de transformación cultural. En buena medida por ello, se dio desde un principio, en la tradición espiritual e intelectual de la Orden una peculiar valoración de la consistencia de lo creado, incluida la noción de “naturaleza”, entonces filosóficamente (en su sentido aristotélico) en cierto modo nueva, pero que en realidad no es sino otro modo de expresar la realidad de la creatura, a la que Dios ha dado el ser y la sostiene en él. La gracia por tanto, lejos de destruir o disolver la naturaleza, la supone, la purifica, la eleva y la perfecciona, permitiéndole llegar a ser ella misma en plenitud. Podríamos decir, por tanto, que este rasgo -que es en realidad un bien común de la Iglesia-, ocupa un lugar central desde sus comienzos en la espiritualidad de la Orden, y cobra por decir así, el carácter de un rasgo de familia, en la espiritualidad, la teología y predicación de los hijos e hijas de Domingo. Al tiempo que se afirma decididamente la primacía de la gracia, es decir de la iniciativa divina, creadora y recreadora, se valora y afirma

⁹ Cf. S. Tomás de Aquino, *In Ep. II ad Cor.*, cap. V, v. 17, lect. 4: “La primera creación fue hecha cuando las creaturas fueron producidas por Dios de la nada al ser de la naturaleza, y entonces la creatura era nueva; pero por el pecado, envejeció ... Convenía por tanto que se diera una nueva creación, por la cual (las creaturas) fueran producidas en el ser de la gracia”.

¹⁰ Cfr. M.-D. Chenu, *Introduction a l'étude de St. Thomas d'Aquin*, Paris, 1950, 11s.



también -como don de Dios, fuente de todo ser-, la consistencia de lo creado, incluidas las realidades seculares. Quizás no sea casual en este sentido, el papel que han desempeñado en la elaboración y el desarrollo de una la teología del laicado algunos hermanos nuestros como el P. Yves Congar, o en una perspectiva espiritual y mística, el P. Juan Arintero. Este año se cumple justamente el vigésimo aniversario de la Exhortación Apostólica postsinodal *Christifideles laici*, acerca de la vida y misión de los laicos en la Iglesia, que recoge y desarrolla esa valiosa reflexión y cuya implementación está aún en curso. Como lo expresaba Yves Congar y lo refleja dicho documento, desarrollar una teología del laicado, no significa aislar ni contraponer a los laicos al resto de pueblo de Dios, sino percibir la necesaria complementariedad de las diversas vocaciones de los fieles cristianos en el conjunto de una eclesiología de comunión, o de una “eclesiología en totalidad”.

En conclusión, podemos decir que en todo bautizado se da lo que Benedicto XVI llama la “síntesis de la autobiografía espiritual de San Pablo”: quien por el bautismo se incorpora a Cristo, pasa a ser miembro de un nuevo Yo mayor, expresión de su “ser en Cristo” y consecuentemente a vivir, creer, predicar, desde allí.¹¹ La pertenencia al árbol de la Familia Dominicana, como una expresión específica de nuestro nuevo “ser en Cristo”, hace que en el bello jardín de la Iglesia de que hablaba Santa Catalina de Siena, en el que hay una multiplicidad de árboles, flores y frutos, los hijos e hijas de Santo Domingo estemos llamados a hacer presentes estas dimensiones que brotan en última instancia de la compasión y la pasión por la verdad de Nuestro Padre Domingo. Ser capaces de irradiar esta novedad y belleza de la vocación dominicana, exigirá de nosotros una permanente purificación del corazón y la inteligencia para superar una y otra vez la tentación de quedar atrapados en la vetustez del pecado o la tristeza del mundo sin verdadera esperanza.

Si contemplamos las expresiones de los últimos Capítulos Generales y de los Maestros de la Orden sobre la Familia Dominicana, vemos que ellas ponen ante nosotros un horizonte claro y esperanzador. El Capítulo General de México expresaba en 1992 que desde unos 30 años atrás, se constataba “la recuperación y el desarrollo de una vieja (y nueva) realidad: la Familia Dominicana”, lo que se manifestaba en que “numerosos hombres y mujeres, diferentes por su forma de vida, descubren en Santo Domingo un modelo y una inspiración para anunciar juntos la buena nueva de Jesucristo al mundo de hoy”.¹²

El Capítulo de México expresaba asimismo que “la Familia Dominicana tiene sus raíces en el proyecto y la práctica del mismo Santo Domingo”, destacando que las investigaciones recientes han constatado que junto a la fundación de las monjas de Prulla (1207) y de los frailes (1215), también laicos e incluso matrimonios se sumaban y se entregaban ya en 1207, “ellos mismos y sus bienes a Dios, a la Bienaventurada María, a todos los santos, a la santa predicación y a ‘Dominus Domingo de Osma’ y a todos los frailes y hermanas ‘que son hoy o que serán en el futuro’”.¹³ Varios documentos medievales hablan de la Orden como “*Ordo praedicationis*”, lo cual expresaría la vinculación de laicos, monjas y frailes -las congregaciones de hermanas de vida apostólica todavía no existían en la Edad Media-, en una única y misma pertenencia para una sola misión.

Contemplando en esa perspectiva los desafíos actuales de la predicación, el Capítulo de México expresaba por un lado, que “las urgencias del mundo moderno y posmoderno abren amplios espacios para la evangelización”, y por otro, que “la espiritualidad dominicana, una

¹¹ J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Naturaleza y misión de la teología*, Agape, Buenos Aires, 2007, 56s.

¹² Cf. ACG México 1992, 116, haciendo referencia en ese sentido al Capítulo General de Madonna dell’Arco (1975) y al documento de Bolonia (1983).

¹³ Cf. ACG México 1992, 116.



vez conocida, atrae a muchos hombres y mujeres de hoy, sobre todo a los jóvenes” de modo que “sólo trabajando juntos, frailes y hermanas, clérigos y laicos, animados todos por el celo de Santo Domingo, podremos afrontar los desafíos del presente: anunciar a todos y en todas partes a Jesucristo, amigo y salvador de los hombres”.¹⁴ Si en el pasado se acentuó quizás más la diversidad que la identidad de la Familia Dominicana, hoy es oportuno y constituye una exigencia de nuestro tiempo, percibir que esa diversidad podrá “ser nuestra riqueza, si se pone al servicio de nuestro común carisma, que consiste esencialmente en la oración, el estudio y la proclamación en común de la palabra de Dios, desde la vocación y el carisma específico de cada rama y de cada hermano y hermana.¹⁵ Con ello llegamos nuevamente a la bella imagen del árbol de la Familia de Santo Domingo, el Capítulo General hace suya:

“... Como surgiendo de un árbol plantado junto a las fuentes vivas, las ramas de la Familia Dominicana son múltiples. Cada una tiene su carácter propio, su *status* particular, su autonomía. Sin embargo, al mismo tiempo, al participar todas del carisma de Santo Domingo, comparten entre ellas una única vocación... descubriendo su mutua responsabilidad sobre una base de igualdad en complementariedad y colaboración recíproca y aceptando la alegría de dar, pero también la de recibir y aprender las unas de las otras...”¹⁶

En síntesis, si la realidad antigua y nueva, viviente y fascinante de la Familia Dominicana ha de ser expresión de la comunión de vida, de cualificadas relaciones fraternas, proyectos comunes, esfuerzos compartidos y de ayuda y donación gratuitas, resulta claro que hoy, como en tiempos de Domingo, necesitamos profundizar en nuestra propia espiritualidad y con ella en nuestra conciencia de la común pertenencia, de tal modo que puedan florecer y dar fruto en nosotros “los sentimientos y la realidad de una fraternidad que nos lleve a compartir la misión”, siendo capaces de entrar en un diálogo y una confrontación positiva, crítica y fecunda, con los desafíos culturales y apostólicos de cada tiempo, que para nosotros, son los de nuestro hoy y nuestra cultura, y haciendo así presente en ellos la compasión de Santo Domingo y su pasión por la predicación de la verdad, para ser útiles a la salvación de nuestros prójimos.

IV. Esperanza y desafíos: hermenéutica de la continuidad y novedad

Nos planteábamos la pregunta, si al cabo de 800 años, nuestra vocación y misión como Familia Dominicana sigue teniendo actualidad en nuestro tiempo. A la luz de la novedad insuperable de Jesucristo que la Iglesia está llamada a irradiar en todos los tiempos de la historia, y frente a la vetustez de tantos modelos de vida que el mercado o los medios nos ofrecen como supuestas novedades, se pone de manifiesto la actualidad de la espiritualidad y la predicación dominicana, que reviste, -utilizando la expresión que la Encíclica *Fides et ratio* aplica a Santo Tomás- una perenne novedad, como participación específica de la novedad escatológica definitiva de la gracia de Cristo en la historia.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo experimentan una profunda sed de sentido y de verdad, más allá de las múltiples formas de instrumentalización de la razón, que apuntan a acrecentar el poder o el placer del hombre, pero son incapaces de saciar el anhelo más profundo del corazón humano. En nuestro tiempo se redescubre la importancia de la sabiduría inscrita por Dios en la creación, dejando atrás una mirada puramente humana o

¹⁴ Cf. id.

¹⁵ Cf. id.

¹⁶ ACG México 1992, 116



antropocéntrica que había cautivado a la modernidad. En la reflexión filosófica y teológica contemporánea se redescubre la ley natural, entendida no como algo extrínseco a la persona, sino como la verdad más profunda de la creatura humana. Sería una paradoja que en un contexto como éste, los hijos e hijas de Santo Domingo fuésemos incapaces de participar en este diálogo con la cultura, precisamente desde la compasión y la pasión por la predicación de la verdad de Domingo, para dar razón de nuestra esperanza. Es cierto, en la Familia Dominicana nuestra vida toma formas diversas, de acuerdo con la vocación específica de cada rama y cada miembro, a través de nuestra complementariedad, estamos llamados a participar en la misión común de la “evangelización integral de la Palabra de Dios”¹⁷.

Estamos por tanto llamados a irradiar esa novedad de Jesucristo en el mundo y la cultura de nuestro tiempo, en el que Dios nos ha enviado a predicar, como lo hizo Domingo en su contexto histórico y cultural. Si miramos a nuestro alrededor e intentamos hacer una suerte de balance de la situación de la Familia Dominicana en el presente, no podríamos dejar de percibir que en algunas partes del mundo y también entre nosotros se dan signos de “cansancio”, de “envejecimiento”, de individualismo, que nos desafían a redescubrir la novedad y la belleza de la vocación cristiana y dominicana. A veces -escribe un hermano nuestro- se da “un potencial extraordinario distribuido por todas las ramas de la Familia Dominicana, que no es debidamente aprovechado por falta de cohesión y de corresponsabilidad dentro de la propia familia”¹⁸. Esta observación hecha a nivel universal, podría aplicarse también a nuestra propia realidad, percibiendo en ella no sólo un problema de estructuras organizativas -que son ciertamente importantes- sino en última instancia, la pregunta acerca de la fidelidad y plenitud de nuestra vida a través de cada una de nuestras vocaciones específicas y de nuestra común vocación dominicana.

A pesar del importante impulso que ha experimentado en las últimas décadas la realidad de la Familia Dominicana, esta tarea supone un itinerario que debe ser recorrido a través del tiempo, y a lo largo del cual todos estamos llamados a profundizar en nuestra vocación y a aprender juntos y unos de otros. Este Encuentro nacional pone ante nuestros ojos que la Familia Dominicana en Argentina tiene -como don de Dios- una gran vitalidad, y que muchos jóvenes se sienten convocados a formar parte de ella y participar de su vida y su misión. Esto es en primer lugar, un motivo de profunda acción de gracias: somos concientes -lo digo especialmente en nombre propio y de los frailes de la Provincia Argentina- de que no somos nosotros los protagonistas principales de esta convocatoria, sino que contemplamos con admiración cómo en un encuentro como éste, tantos hermanos y hermanas de las diversas regiones y generaciones -y entre ellos, como decía, tantos jóvenes,- responden a un llamado que viene en definitiva del Señor, a través de Nuestro Padre Santo Domingo y también de la irradiación de tantas religiosas, hermanas y hermanos laicos, colegios, instituciones, etc. que dan a conocer el carisma de nuestra Orden.

Esto nos compromete y nos hace conscientes de nuestra responsabilidad de corresponder a esta gracia. No bastaría hablar cada tanto sobre la Familia Dominicana y nuestra misión común, sintiéndonos en un clima de familia en un bello encuentro como éste, y después olvidarnos más o menos del tema hasta el siguiente Encuentro, sino que se exige de nosotros un trabajo continuado, paciente y profundo, asegurando tanto instancias de formación como una buena organización y la constitución o revitalización de instancias a nivel regional o local, respecto de lo cual sería importante dar un primer paso en este mismo

¹⁷ Cf. Const. Fundamental, III.

¹⁸ Delfín Castañón, “La Familia Dominicana como foco vocacional y de misión”, en: www.op.org/global/sites/www.op.files/docs/es/Articulos/castanon1.htm



ORDEN DE PREDICADORES
PROVINCIA ARGENTINA DE SAN AGUSTÍN
PRIOR PROVINCIAL

Encuentro. A nuestra acción de gracias por el don de nuestra vida, necesitamos unir la fidelidad cotidiana a nuestra vocación y la disposición a compartir con creciente plenitud nuestra misión, a fin de que la Familia Dominicana, al cabo ocho siglos de vida, pueda ofrecer también a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, como un árbol bello y fecundo, antiguo y siempre nuevo, los frutos de la compasión de Santo Domingo. Quiera el Señor, por la intercesión de Nuestra Señora del Rosario y de Nuestro Padre Santo Domingo, concedernos dar pasos en este camino.

Fr. Pablo C. Sicouly OP
Prior Provincial
Provincia Argentina de San Agustín